

JULIO IÑAKI ZUINAGA BILBAO

¿QUÉ OCURRIÓ CON
LAS CARTAS DE
ZORIÓN?

Esta obra es producto de varias etapas de mi vida. En ella se plasman la imaginación en río revuelto, una cierta necesidad de rescatarme en algún periodo y muchas consideraciones recuperadas ya en la edad adulta. Siempre habrá tiempo para recomenzar y despertar o dar vida a nuevas ilusiones, ya sea que las rescatemos de un pasado que bien puede no ser tan parecido al que recordamos, sino algo distinto o bien al cual aprendemos a ver desde otras facetas, o nuevas y enriquecedoras ilusiones que consoliden los pasos adelante de un proyecto de vida.

Hay, en estos escritos, la intención de un profundo respeto hacia la congruencia y la vigencia de diversos valores que se sostienen pese al paso de la historia de este sistema en el que estamos inmersos y que suelen sobresalir si somos capaces de abstraernos del peso que ejerce este mundo material a través de lo más cotidiano.

Quiero agradecer a mi terquedad en hacer de estos escritos una historia dentro de otra. Ambos relatos, además de mi terquedad, forman parte de momentos clave en mi transitar por los últimos quince años y que incluyen toda la quinta década.

Dedico esta obra a mi padre, de quien aprendí en mucho el cómo ser humano. A mi mujer por brindarme, cuando más lo necesité, tantos bríos y toda una herramienta nueva para mirarse a uno mismo, lo cual sin duda enriqueció este escrito.

LA PELADILLA

Miércoles (1)

Manuel aceleró el paso, le gustaba jugar con Maricarmen durante esos paseos y trotar por el bosque, dejarla atrás en ocasiones le proveía la sensación de fuerza, de seguridad en sí mismo.

Había aprendido a regular la respiración en su trote y con ello podía olfatear el ambiente que le rodeaba, la vida que impregna de savia las venas de cada hoja. Los aromas de aquellos altos pinos y oyameles, el sonido de las hojas bajo el paso de los anacrónicos pero cómodos zapatos deportivos, aunado al frescor del viento a su paso le relajaban. Todo ello le traía recuerdos de aquellos paseos con su padre, cuando él no tenía más de diez años, por los bosques vecinos a la cabaña de los pinos donde solían ser invitados por la familia del doctor Astolfi.

Por años intentó recordar la ubicación de aquél lugar pero la fallida memoria de su madre en la que no parecían haber ni pasado ni presente, no daba ya paso a esos recuerdos cuando él tuvo esa inquietud. No cabe duda de que el momento tiene que recordarse con más frecuencia y proveerle de las caricias necesarias para permanecer vivo con detalle.

Se detuvo lentamente para esperar a Maricarmen. Aquella mujer a quien había conocido en casa de Raúl Escudero, su compañero y amigo de años desde el inicio de la vida universitaria.

Desde un principio las charlas con Maricarmen habían resultado de una gran empatía que al correr de varios años, dio paso a una sólida relación de amistad. Desde entonces se preguntaría tantas veces la razón por la cual la sociedad tenía tales complicaciones para entender la franca amistad entre un hombre y una mujer.

Maricarmen llegaba con un paso suave y un bastón improvisado de alguna ilustre pero derribada rama que había recogido en algún lugar del camino, lo suficientemente larga y derecha para servirle de soporte en el ascenso.

Su gesto era de meditación y la mirada se perdía entre el follaje a sus pies. Los rasgos de la cara denotaban gestos que le eran muy personales, las arrugas o pliegues escondidos solo a medias por cremas en la frente y en las comisuras de la boca reflejaban su actitud de duda aceitunada ante el mundo y lo que los demás pudiesen decir. Sin embargo llevaba muy bien físicamente sus más de cincuenta años y se la veía viva en todo momento. Su risa y sus ojos seguían luciendo brillantes en mil circunstancias e improvisados comentarios, era sagaz y hacía uso de una ironía sutil que no muchos entendían en su encuentro.

- Hoy te noto algo distante ¿Aún te sigue persiguiendo la idea de que tus hermanas quieren apartarte de tus sobrinos? – comentó Manuel.
- No digas tonterías –dijo ella mientras inhalaba el aire en su entorno para recuperar el aliento debilitado por la subida hacia el promontorio donde se encontraba Manuel– Eso solo lo dije por la rabia que me provocó la conversación con mi hermana.

Maricarmen se giró y paseó los ojos sobre aquella vista de la ciudad, el aire estaba limpio encima de la gran urbe, a pesar de que la nata amenazante y grisácea de contaminación se elevaba a la distancia en decenas de metros a lo alto de la zona urbanizada.

Tras ellos se erguía el apagado volcán del Ajusco, o "Axochco" en náhuatl, que significa "Floresta de Agua". Al frente, el enorme Valle de la ciudad de México que terminaba a los pies de los dos grandes volcanes y se extendía, a la izquierda, hasta perder la vista.

- No cabe duda de que casi todas las cosas se pueden ver desde varios enfoques –mencionó Manuel quien tenía la vista fija en el valle– Todo esto ha sido hecho por millones de

manos de los trabajadores, es un homenaje a la capacidad del hombre, del albañil, del artesano... y es, al mismo tiempo, una amenaza al planeta.

- Y no aprendemos –sentenció Maricarmen.

Ambos se sumieron en sus propios pensamientos, en recuerdos amarrados a momentos cuando nada de esas amenazas a la vida misma de la humanidad estaban presentes en sus vidas. Y en cómo fueron paulatinamente apareciendo en prensa y revistas tantos artículos y noticias en los que la acción del ser humano y el afán del poder económico fueron degradando la vida de aldeas, regiones y ciudades enteras hasta la detección de los problemas de la capa de ozono, y con ello la cascada de noticias y amigos que se sumaban a las filas de la lucha por la preservación de los ecosistemas.

- Hoy en la mañana recibí un correo que contenía una tesis interesante. Recogí una frase que me parecía que compendia no solo el desajuste ecológico sino el del ser humano dentro de todo este marasmo de la lucha por preservar la vida del planeta... la apunté incluso, déjame ver si la traigo –comentó Maricarmen mientras se desembarazaba de la pequeña mochila de tela verde olivo que traía colgada al hombro y que la acompañaba casi en todo momento. La abrió y comenzó a hurgar con prisa en su interior.

Manuel la miraba con ternura, sabía de su afán por coleccionar frases sobre todo tipo de temas.

- No la encuentro pero decía algo así como: El hombre no está camino a la extinción, se puede adaptar a casi cualquier cosa. Podemos adaptarnos a la basura, a la contaminación y al ruido de la ciudad -hizo una pausa tratando de recordar- Ésa es la verdadera tragedia, que podemos adaptarnos a eso. Y a medida que nos adaptamos, aceptamos condiciones cada vez peores. Y pasamos por alto que el niño que nace y crece en este ambiente no tiene oportunidad de desarrollarse totalmente en su potencial físico y mental. Si no entendemos

lo que el ambiente nos está haciendo, tal vez suceda algo peor que la extinción, algo como una degradación progresiva de la calidad de la vida pero también del pensamiento humano.

- Cierta –respondió Manuel– hemos dejado de lado la iniciativa de rebelarse ante tantas cosas que hoy pueden parecernos como realidades inevitables.

Maricarmen no prestaba atención a las palabras de Manuel, continuaba hurgando infructuosamente en el fondo de la mochila, la enfadaba perder algo que estaba segura que traía consigo. Levantó incluso la pequeña mochila y allí, entre las yerbas aplastadas por el bulto observó un pequeño objeto que brillaba a la luz del sol.

- ¿Ya viste esto? –susurró, como en forma automática, mientras estiraba la mano para remover el pasto que cubría parcialmente aquel objeto.

Era un pequeño óvalo curioso, con la forma de una peladilla de almendra como las que disfrutaba en la temporada navideña desde muy corta edad. Pero este objeto tenía un color plomizo, semejante al mercurio de los termómetros, mezcla de opaco con brillantez de cromo.

Manuel no la había escuchado, se había apartado unos pasos buscando con la mirada su propia casa unos doscientos metros abajo, en la ladera del monte. Le resultaba todo un acierto haberse mudado a aquella casa en las orillas de la urbe, lo acercaba a la naturaleza, siempre había disfrutando de caminar por los bosques.

Maricarmen tomó con delicadeza aquel objeto y notó su dureza, como metal, estaba fría pese a que recibía el rayo de sol y lo reflejaba. La observó con detenimiento y advirtió que ésta cambiaba el tono cromático conforme a la luz que reflejaba. Una forma ovalada, achatada ligeramente en sus extremos, una sola pieza ya que no se veía abertura alguna salvo dos diminutos agujeros en uno de sus costados, muy juntos.

La voz de Manuel la sustrajo a su fascinación por el objeto.

- Vamos de regreso, debo ir al café.

Y fue entonces que Manuel la vio absorta en su contemplación de aquel pequeño objeto.

- ¿Qué es? –preguntó Manuel
- Lo ignoro –respondió ella– simplemente apareció entre las yerbas cuando levanté la mochila.

Manuel tomó aquel objeto, notó lo frío del mismo y lo examinó en detalle. Los destellos de la luz que reflejaba eran un verdadero arcoíris pensó. Un vago recuerdo de su niñez le vino a la mente, un fistol que su padre usaba en ocasiones bajo la solapa de la chaqueta.

- Igual es algún tipo de dije que alguien dejó olvidado, o se cayó, se debe haber soltado de la cuerda o cadena – mencionó mientras descubría los diminutos hoyos en su costado.

Se la entregó a Maricarmen y repitió la necesidad que tenía de regresar, emprendiendo el descenso por la brecha que acostumbraban tomar y que conocían muy bien.

Maricarmen continuaba jugueteando con aquel objeto en sus manos y disfrutando las variantes en los colores que éste reflejaba tornándose de azules a violetas y rojos pálidos.

- Está muy bello, le buscaré una cadenita para colgármelo – se dijo en voz baja mientras seguía los pasos de Manuel hacia su casa, donde había dejado su automóvil.

----- o -----

Los frenos del automóvil chirriaban cada vez con menos amabilidad... Manuel recordó que el mecánico le había dicho la semana anterior que lo llevase pronto o comenzaría a rayar los discos. Esa sensación tan conocida del enojo debido a la desfachatez del tiempo, con la presión de un imprevisto más en

su vida que en forma constante le alejaban de sus preciados momentos de tranquilidad apareció.

Ya estaba abierto el café, como debía estar. Eran pocas, pero no dejaban de suceder las ocasiones en que Enrique, el encargado de abrir el local limpiarlo y preparar mesas, se había tardado en llegar, aunque afortunadamente solo un par de veces alguno de los parroquianos frecuentes se quejó.

Enrique era hombre de pocas palabras y muchas sonrisas, lo cual era importante para Manuel que pretendía siempre que sus clientes y amigos se sintiesen a gusto en el negocio. Era pieza importante el carácter de Enrique para el lugar. En más de una ocasión había sacado de dificultades y desencuentros con los comensales al Café. Divorciado hacía varios años, su mujer le había engañado yéndose con un luchador a perder vida en algún estado del norte de la República. El Café era la vida de Enrique y su refugio.

Hacía seis años que Manuel había comprado el espacio donde antes había una fonda de comidas, era suficientemente amplio para tener siete u ocho mesas y una cocina dividida por un muro abierto en la mitad superior del espacio principal, además de dos baños pequeños pero cómodos.

Los viernes y ocasionalmente los sábados se las había arreglado para que tocasen algunos jóvenes cantautores habilitando un espacio en una esquina que ocupaban una o dos mesas que se podían apretar con las demás. Allí montaba una tarima de madera diseñada por él mismo que podía doblarse cuando no se usaba y que cabía en un pequeño mueble de la cocina.

Manuel entró en el local y saludó con un gesto a Enrique que se encontraba del otro lado del muro de la cocina, las mesas estaban limpias y listas para recibir a la gente que solía llegar a desayunar tarde.

El lugar tenía un decorado agradable y su enorme ventanal, de casi seis metros de largo que daba a la calle, le daba color y luz en el día y atraía a clientes por la noche. El tapiz de los dos

muros contiguos a la esquina de los artistas semejaba una tela escocesa con platonos pintados con escenas urbanas del siglo XIX que se intercalaban con fotografías de inicio del siglo XX. Por contraste, el muro enfrente tenía, sobre la pared de color marrón carteles de conciertos de rock de los años sesenta en adelante. Todo ello en una superficie de doce metros de fachada por nueve metros de fondo, además de la cocina y los dos baños.

- ¿No ha llegado el café? – preguntó.

A lo que Enrique asintió con la cabeza mientras desmenuza ba hojas de una lechuga orgánica cuyo verde semejaba el tono de la espinaca y que se había dado a conocer por su buen sabor, más intenso que la lechuga normal.

El café que ellos servían era una mezcla de distintos proveedores, aquel café al que se refería Manuel le era entregado sin falta cada quince días por alguien que lo traía desde San Cristóbal en Chiapas. Pero además solía comprar café de “El Jarocho” que era muy conocido por la gente que reside o que suele visitar el sur de la ciudad.

En esos momentos entraba al local Virgilio, el cocinero, un hombre de tez morena con rasgos muy marcados, siempre con camisetas entalladas que dejaban ver lo ostentoso de sus músculos pectorales, alto y delgado. Seguramente venía del gimnasio al que asistía religiosamente uno de cada dos días. Un hombre temperamental que se acercaba a sus cuarenta años y que había crecido en el borde de la frontera con Guatemala cerca de Monte Bello en la selva. Virgilio había decidido ser cocinero a lo cual colaboró el cura del pueblo que lo tuvo a su cuidado por años y lo adiestró en la elaboración de múltiples platillos que a él le encantaba comer hasta que el cura enfermó y la curia lo reemplazó. Fue entonces que Virgilio se decidió a venir a la gran urbe con afán de seguir estudiando cocina. El fisicoculturismo llegó después, cuando un cocinero con escuela, que laboraba en un restaurante familiar en el centro de la ciudad le tomó como asistente y lo llevó a vivir con él como amante. Virgilio era un hombre metódico y cuidadoso del detalle, con un

cultivado sentido del gusto, lo que hacía de él un cocinero nato. Su afán del orden provocaba roces constantes con Enrique quien buscaba constantemente aprender más de cocina y estaba presto a ayudar en la realización de cada platillo aprovechando los tiempos entre servir las mesas, o en las mañanas entre el momento en que Virgilio llegaba y la llegada de los primeros clientes.

Virgilio era celoso de su cocina y tardó tiempo en aceptar la ayuda de Enrique; habían llegado al acuerdo de que Enrique ayudaría en la preparación de algunos ingredientes tales como cortar las verduras, limpiar el pescado, labores para las cuales comenzó a entrenarle concienzudamente.

Pero Virgilio era, desde su llegada matutina, el rey de la cocina y no se retiraba hasta dejarla perfectamente ordenada y limpia, incluso en aquellas frecuentes ocasiones en que los amigos se quedaban hasta tarde jugando al dominó o charlando.

Manuel permaneció sentado en la que hacía las veces de mesa del patrón, siempre que no estuviese lleno el lugar, y sacó sus lentes para abrir el periódico que minutos antes debió dejar sobre la mesa Enrique, costumbre que le agradecía sin decir nada.

Solía agradecerse a sí mismo el haber seleccionado a ambos colaboradores en esta aventura de montar y echar a andar el café. La buena y variada comida que Virgilio creaba así como la amable y amigable atención de Enrique hacían que numerosos nuevos clientes regresaran con frecuencia y trajesen consigo nuevos comensales. Incluso Manuel mismo, viejos y nuevos amigos que residían o trabajaban cerca no tardaron en aficionarse a pasar recurrentemente tardes enteras allí en la plática, en la chorcha, de lo que provino el nombre del café que se denominó desde un principio: “Café la Chorcha”.

- Buenos días Manuel, Enrique – Profirió Virgilio con su voz de tonos bajos y fuertes mientras se dirigía hacia la cocina para arrebatarse la tarea de desmenuzar la lechuga a Enrique

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

